

## CRONICA DE LA POLITICA NACIONAL

Confianza absoluta: Así terminaba nuestra crónica de marzo-abril ante la amenaza de nuevas tormentas internacionales contra el régimen de España. En estas páginas se verá, el día que se repase nuestra colección, que jamás han faltado la fe y la seguridad absolutas en el porvenir de nuestro Movimiento y de nuestro Estado ante los avatares y contingencias sombríos de la guerra y de la postguerra mundiales, cuando tantas cosas y personas vacilaban. Opinamos siempre que España resistiría con éxito los embates de cierta opinión pública mundial embaucada por las propagandas filobolcheviques. Creímos, asimismo, que ningún aglutinante moral podía ofrecer mayores ventajas para la solidez de nuestro régimen como el de un ataque exterior basado en la injuria, en la amenaza y en la calumnia. Pensamos que si además ese ataque lo iniciaba y dirigía aparentemente la política del Quai d'Orsay, los resultados de popularidad interior del régimen español y de sus figuras representativas llegarían a extremos apoteósicos. Suponíamos, finalmente, que si la tesis "Franco o comunismo" —que según los teorizantes de la *Tercera España* era sofística— resulta públicamente confirmada en las sesiones de la O. N. U. por los representantes de Rusia, Polonia, Méjico y Francia, al ofrecer a los españoles la solución Giral, es decir, el comunismo, como disyuntiva del régimen presente, el clamor del pueblo y de sus elementos integrantes más sanos, se convertiría en una especie de frenesí colectivo. Y así ha resultado. España ha respondido como un bloque sin fisuras a la coacción de ultrapuectos.

En el último semestre, en el juego de naipes diplomático y político exterior, el Estado del 18 de Julio, presidido por el General Franco, va ganando, una a una, las bazas necesarias para salir victorioso. Los pronósticos catastróficos —¡qué colección, Dios mío, de profecías concretas y apocalípticas podía ofrecerse en insuperable antología!— quedaron, como siempre, arrinconados por la realidad, mucho más compleja y absolutamente distinta de las especulaciones abstractas de tertulia y sobremesa. Con su sola firmeza, el sistema político de España, que es para muchos un “mal ejemplo”, quizá contagioso, adquiere por días, y aun por horas, perfil y relieve singulares. En bastantes naciones de Europa y en los pueblos hispanos de América, la personalidad señera de una España, segura de sí misma, atacada por los representantes nominales de una muchedumbre de Estados, por no plegarse a los tópicos del fanatismo doctrinal triunfante, suscita oleadas de esperanzada admiración. Para España y para el Movimiento, vuelven a sonar en el reloj de la Historia horas de relevante importancia y prestigio. Pues a España se la combate por lo que es y representa. Por ser, en verdad, un “peligro en potencia”, como afirma el grotesco dictamen de la O. N. U., mas no un peligro de “resurrección totalitaria y fascista”, sino una amenaza estridente que puede dar al traste con la enorme farsa montada sobre las ruinas de la civilización europea y cristiana: La gran amenaza de un Estado cimentado en la verdad católica, en la intransigencia de los principios morales, en la autolimitación de los poderes del gobernante que dimana de aquéllos, en lo que, en fin, con el bello título de una obra de actualidad, podríamos calificar como “motivos de la España eterna”. Frente a un mosaico caótico, informe, desordenado, de naciones en plena delicuescencia democrática y en contraste con otra media Europa oriental anegada por el crimen, la tiranía y el saqueo, la España de 1946 ofrece un espectáculo de tan serena dignidad en medio del general infortunio, que bien pueden temer Gromyko y sus satélites una explosión de proselitismo mimético.

Pues en plena efervescencia internacional sobre el “caso” de España planteado de manera ridícula en el Consejo de Seguridad, tuvo lugar en Madrid, el día 14 de mayo, la inauguración

de las sesiones de la nueva legislatura de las Cortes, reformadas en su composición, tanto en lo que se refiere a vocales electivos, sindicales, municipales y provinciales, como en los de libre o automática designación que componen el resto de la Asamblea. El Caudillo abrió las sesiones de esta etapa con un largo y sustancioso discurso, que pronunció ante la Cámara llena de procuradores en los escaños y de un público numerosísimo en las diversas tribunas. Asistían también muchos corresponsales extranjeros y la casi totalidad del Cuerpo diplomático.

Pasó revista el Jefe del Estado a la ingente labor de reconstrucción moral y material acometida en este decenio, decisivo para la historia de España. Se detuvo singularmente en el proceso de nuestra política exterior en los últimos seis años de guerra mundial. Analizó con cruda valentía e incisivo comentario los azares y dificultades de nuestra neutralidad, defendida a ultranza contra tirios y troyanos. La dialéctica de Franco era impecable, aplastante. Y aun parecía que la prudencia y el sentido de la responsabilidad veló en labios del orador argumentos de intención agudísima que acaso no juzgó discreto exhibir en momentos de grave confusión mundial, como los actuales. Pero la tesis quedó ahí, expuesta en público, a la luz del día, con razonamientos irrefutables basados en hechos y sucesos comprobados. La Asamblea entera, puesta en pie, interrumpía al Caudillo constantemente con delirantes ovaciones. Cuando Franco se refirió a la presión exterior lanzando el símil del paseante que se ve empujado por la espalda, y reacciona por de pronto "parándose" y después "volviéndose de cara al agresor", el entusiasmo llegó en un clamor interminable hasta la propia calle, invadida por una enorme y fervorosa masa de ciudadanos. Otras alusiones de profundo interés fueron subrayadas con unanimidad entusiasta. Así aquella que anunció, solemnemente, que pasadas las circunstancias de presión exterior se traería al examen y aprobación de las Cortes una ley fundamental que defina la forma institucional del Estado, inspirándose en los moldes tradicionales, y que servirá en su día de coronación al edificio presente. Ley que por su importancia bien pudiera

ser sometida ulteriormente a plebiscito o "referendum" popular.

## ASTURIAS Y ANDALUCÍA

Fiel a su costumbre de recorrer las regiones y comarcas nacionales para conocer sus problemas y escuchar los anhelos provinciales, el Caudillo marchó a la cuenca minera de Asturias el día 18 de mayo, permaneciendo en el Principado ocho días. La visita del Generalísimo a la región industrial, en la que se produjo el levantamiento marxista de 1934, tenía, desde el punto de vista interior y externo, un redoblado interés. ¿El antiguo feudo socialista de los González Peña y demás compinches sería capaz de recibir con franca cordialidad al Jefe del Estado nacional, surgido de la guerra libertadora? ¿O era de presumir, por el contrario, una acogida fría y reservona, cuando no hostil, por parte de la población trabajadora? El enigma iba a ser aclarado ante miles de testigos presenciales y buen golpe de periodistas anglosajones llegados para el picante acontecimiento.

Una apoteosis sin igual esperaba al Caudillo en Oviedo y en la cuenca minera. Toda la clase obrera se volcó materialmente a esperar y aclamar al Generalísimo en una impresionante manifestación, de la que no había precedentes. Entre millares de antiguos militantes socialistas y comunistas, el General Franco recorrió las minas de la cuenca carbonífera, visitó las industrias e inspeccionó las obras emprendidas. En una trayectoria triunfal ininterrumpida dirigió la palabra a las multitudes desde los balcones municipales predicando la buena nueva. Volaban en honor del insigne viajero las cargas de dinamita, que atronaban los barrancos y valles de Asturias, con detonaciones y sacudidas pacíficas. Y los periodistas extranjeros no salían de su asombro al contemplar a los fieros asturianos de la U. G. T. rendir en su propio reducto el más cálido homenaje que se recuerda a ningún Jefe de Estado en aquella comarca, en vez de entregarse al sabotaje, al crimen o al atentado personal como diariamente anuncian al mundo las radios y las agencias de la falacia mundial.

De allí, casi sin interrupción, acudió el Generalísimo a visitar Andalucía. La ocasión era el Centenario de Nebrija, el ilustre gramático y humanista cuyo aniversario se conmemoraba en tales días. Nuevamente se pudo comprobar los extensos resultados de la aglutinación moral de los españoles por virtud de la amenaza exterior. Sevilla y Cádiz respondieron como cualquier otra capital o ciudad española al estímulo de la visita del Caudillo. El español siente hoy instintivamente todo lo que Franco representa y simboliza, y está dispuesto a manifestar su opinión, sin que se lo pregunte, en una apretada y ferviente respuesta afirmativa. Desde julio de 1936, pasando por abril de 1939, no hubo seguramente en la curva del entusiasmo público un momento de mayor altura que el registrado en los seis meses últimos como consecuencia del felicísimo ataque propagandístico del Extranjero.

## LA CONVIVENCIA

Uno de los temas habituales de la crítica al uso contra el régimen, es el que se apoya en la supuesta falta de bases para una convivencia. De esta intransigencia fluye, al decir de los críticos, un descenso visible en la labor literaria, en la creación artística, en la fecundidad y originalidad de los trabajos del espíritu, que se encontrarían, al parecer, en un estado de absoluta sequedad y ostracismo. A más de un extranjero, recién llegado a nuestra Patria —para “descubrirla” en tres artículos— hemos oído parecida objeción, recogida sin contraste, de labios de cualquier discrepante o transeunte.

Y sin embargo, la convivencia, en cuanto es mutuo respeto para las actividades del espíritu, con amplitud de miras para no rememorar —¡oh terrible costumbre española!— la vida y milagros, y los flancos débiles, flaquezas o errores de antaño, del interesado, torna a florecer entre nosotros como resultado normal de una civilización y de una cultura, y al amparo de un Estado fuerte y seguro de sí mismo.

Como muestra más evidente de semejante clima, tuvo lugar el 4 de mayo la conferencia de D. José Ortega y Gasset en el Ateneo de Madrid, acontecimiento cultural al que

sí merece la pena dedicar unas líneas. Una expectación considerable congregó en los salones del viejo cenáculo de las rebeldías al "todo Madrid" de las grandes solemnidades intelectuales. Apareció en el estrado el autor de *La rebelión de las masas* algo más viejo, florecido de sabidurías y desbordante de galanuras retóricas. Habló durante una hora sobre "Teatro", pero el tema de su disertación era, en fin de cuentas, lo de menos. Lo importante, lo decisivo fué esto: Ortega y Gasset, la mente filosófica española de mayor renombre internacional, habló libremente en Madrid, en la tribuna del Ateneo. Al volver a la convivencia generosa de un Régimen, establecido sobre los duros y sangrantes cimientos de una guerra interior, Ortega declaró en público, a la hora de las amenazas exteriores cotidianas y tremebundas, que nuestra Patria disfrutaba de excelente salud —*indecente salud*— en medio de una Europa moribunda. Cuando el escritor se dirigió al auditorio encarándose con él, fué para localizar entre sus oyentes a la juventud, es decir, a la nueva generación española, con la que desea dialogar, discutir y entenderse. Una profunda conmoción como la de nuestro Alzamiento nacional, con su inevitable secuela de mutaciones y cambios en la estructura y en la mente de las generaciones del país no podía pasar inadvertida a la mirada aguileña del "Espectador". Y el friso de juventud universitaria y falangista que bordeaba el salón del Ateneo con su presencia curiosa y expectante, subrayaba bien a las claras la actitud de la gente joven: Respeto a la jerarquía intelectual del disertante. Adhesión a su íntimo y nunca desmentido patriotismo. Revisión crítica implacable de sus errores y formulaciones doctrinales, inadmisibles. Simpatía por sus anhelos renovadores modernos, enemigos de la chabacanería nacional. Aprobación clamorosa y frenética de su gesto de español bien nacido, manifestando públicamente, y en los críticos momentos del ataque exterior, su repulsa a la ingerencia extranjera y su insobornable línea de fidelidad nacional.

Ocho días después, llegaba a Madrid D. Jacinto Benavente, príncipe de nuestros dramaturgos, tras una jira triunfal por la América hispana. Allí, frente a los públicos inmensos, en charlas y en discursos improvisados, y en interviús con-

cedidas a diversos rotativos, el Premio Nobel de Literatura ha querido dejar bien claramente expuesta su cordial vinculación con nuestra España y su repulsa al régimen de delincuencia y horror que sufrió la Patria hasta julio de 1936. Benavente fué recibido con espontáneo y popular homenaje. Millares de madrileños bajaron a la estación a darle la bienvenida, y de paso a testimoniarle su agradecimiento por la hidalga valentía demostrada en esta ocasión.

## POLÍTICA INTERIOR. - POLÍTICA EXTERIOR

Hasta qué punto la política exterior es decisiva en momentos como los actuales, de estrecha solidaridad e interdependencia mundiales, lo revela este hecho, absolutamente nuevo en nuestra opinión pública desde hace siglo y medio: la primacía de los problemas exteriores en las preocupaciones del "hombre de la calle". Decimos novedad, porque, en rigor, no creemos que en el último siglo y medio se le haya dado al español un ardite de lo que pasaba o de lo que ocurría en el mundo. Tras la guerra de la Independencia, última intervención colectiva nacional en el drama europeo, caímos en el terrible cáncer interno de la discordia civil, mientras se desmoronaba en América el Imperio, y las demás potencias iban tomando posiciones en Africa y en el Mediterráneo a expensas de la inacción española. Termina el siglo y se hunden los restos hispánicos de Ultramar en una epopeya gloriosa y breve a la que asiste el pueblo español con mortal indiferencia. El letargo sigue en los años del novecientos. La guerra de 1914 sacude un poco la modorra del español, pero las filias y fobias son más reflejo de divisiones internacionales que índice de preocupaciones forasteras. Paz de Versalles y nuevo sesteo. Llega, en 1931, la República democrática. España comieuzza, a virtud del régimen de libre discusión, a hervir en la olla, preparándose el feroz estallido. Estamos en 1934, en 1935, en 1936... Faltan solamente unos meses para el Alzamiento inevitable. Sí, pero faltan solamente tres años para la gran catástrofe mundial. Todos los países de Europa y de América, de Asia y de Oceanía se preocupan

y se agitan y se apasionan por la trayectoria irresistible que lleva el mundo. En España, no. Aquí se habla de las amenazas de Largo Caballero, de la hipocresía de Prieto o de la estupidéz de D. Niceto. ¿Europa? ¿La guerra? ¿Dónde queda eso? Muy pocos saben ver en las maniobras de Del Vayo al agente de la Rusia soviética, o en las siniestras conjuras de Esplá, la mano de algún "Bureau" extranjero. En la campaña electoral de 1936 no se encuentra, ni en la derecha, ni en la izquierda, la menor alusión a la situación internacional, a la política exterior, al hecho de que la Península Ibérica quedaba, ¡al fin y al cabo!, en Europa. En toda la etapa parlamentaria republicana no hubo más que escasas alusiones —el debate internacional provocado por Goicoechea y Romanones en medio de la general indiferencia, o los discursos de Goicoechea y José Antonio en el problema de las sanciones contra Italia— al tema exterior. Y es que el español seguía viviendo de espaldas al mundo.

La gran mutación de los espíritus provocada por los terribles acontecimientos, de dimensiones cósmicas, ha obligado al español a preocuparse, a interesarse, por el destino del mundo como solía, en siglos memorables. Nuestra guerra primero, la mundial después, la gran campaña de odio y de ataque contrada contra nosotros en esta hora, nos han despertado definitivamente. El español sabe ya que no basta con no querer enterarse, que le obligan a uno, mal de su grado, a participar, a intervenir, a defenderse. Hoy el tema exterior es popular y está en la calle. Se nos ha planteado como una necesidad desagradable e ineludible: la de hacer frente a una enorme conjura mundial de proporciones gigantescas. Bien es verdad que al español le coge "desentrenado" en el juego de las habilidades propagandísticas, de los trucos malabares del engaño, de las falsedades radiofónicas o impresas. Pero ¡qué importa! Las razones son de peso; los argumentos morales irrefutables, y la sensibilidad, en cambio, la impresionabilidad embotada por tantos años de inhibición, es —¡enorme ventaja!— menor. Al "hombre de la calle", de las ciudades y provincias españolas se le da una liga de los alaridos histéricos de Radio Tal o Cual, por más que los profiera un cultísimo lo-



cutor hispánico, profesor de esta, o la otra Universidad, y se encoge de hombros si le dicen que el *Moon Dispatch*, con sus tres millones de ejemplares diarios se ha desmelenado contra el Gobierno de España anunciando fieros males. Y no es que la xenofobia pueda nunca prender entre nosotros, abiertos como estamos a la visita y curiosidad del mundo entero, con gentileza y hospitalidad extraordinarias. No estamos aislados del Universo, ni de las naciones del planeta: por el contrario, sentimos como los primeros, el vínculo entrañable e irrenunciable que nos liga con los demás pueblos de la tierra, hijos del mismo Dios. Y esperamos, pacientes, a que la cordura vuelva a renacer en los espíritus y a España se le reconozca su derecho y su razón. Mientras tanto, vigilamos alerta, a fin de que ningún problema interno sea explotado desde fuera como trampolín de ataque o flanco descubierto. El español ha vuelto a hallar, por fin, la gran verdad de que la política interior no se concibe en los Estados maduros y "en forma" más que como función de la política externa, que es la que da voz y voto a los pueblos en el acontecer universal.

#### LA ÚLTIMA BATALLA

Cuando estas líneas se escriben se han apagado ya los recuerdos de la campaña antiespañola de la O. N. U., fenecida en una inenarrable sesión de cinismo y comicidad insuperables. El juego del comunismo y de sus satélites ha fracasado ante la indomable resistencia española, incommovible frente a la avalancha, y ante la consiguiente oposición anglosajona a los planes de Moscú. La fobia antihispana, impotente y rabiosa, persiste en el propósito con tozuda y desesperada reiteración. Se anuncian ahora agitaciones mundiales, sabotajes comerciales, el "mes de solidaridad antifranquista" y seguramente esporádicas perturbaciones o sucesos aislados para dar la impresión de inseguridad y zozobra hasta tanto llegue Septiembre, y con ello el nuevo planteamiento del "caso". Al menos clarividente no se le oculta que el "caso" es un caso perdido, y que la O. N. U. buscará las necesarias y pudorosas fórmulas que sean precisas para archivarlo con todo res-

peto. Con ello, la batalla diplomática y política exterior estará en trance de haberse resuelto, y un pueblo de 28 millones de habitantes, asentado en la entrada del Mediterráneo, que fué neutral durante la guerra, tendrá derecho a hacer oír su voz y a exponer puntos de vista en los que no cuenten para nada el espíritu de venganza, la brutalidad humillante o el servilismo lacayuno.

Pero no bien superada esta lucha, se presenta a nuestros ojos otra que con ánimo resuelto y firme el régimen de España se propone acometer. Nos referimos a la batalla económica.

Una serie de concausas desfavorables y extraordinarias —sequía, penuria agrícola, post-guerra mundial— han contribuido a crear un clima de crisis adquisitiva para nuestra moneda interior. La capacidad de compra se resiente; algunos precios clandestinos alcanzan proporciones alarmantes; el nivel de vida se ve amenazado y hay peligro de inflación monetaria. Nuestra generación que no ha conocido —para gloria suya— descanso ni sesteo, se apresta a enfrentarse con los problemas enunciados con alegre y juvenil entusiasmo. Coyunturas más difíciles, en el orden político, militar, económico y social se presentaron y se superaron. Los enemigos de fuera —y los de dentro— se empiezan ya a hacer ilusiones sobre un supuesto “derrumbamiento” económico que daría al traste con el Movimiento y el régimen. ¡Qué grave y nuevo error de pronóstico! La batalla económica se ganará. En ello no cabe la menor vacilación. Se domarán los precios, la producción aumentará, lograremos medios de pago, la peseta será defendida y saneada. Y otro argumento contra el régimen se vendrá indefectiblemente abajo: el que especula con la insoluble viabilidad de su estructura económica y quiere hipotecar nuestra libertad y soberanía políticas con la magra compensación de un plato de lentejas.

\* \* \*